

## ¿APRENDEREMOS DE LA GRAN RECESION?

David Ibarra  
Plática OCDE-UNAM  
20 de octubre de 2010

La economía no es una ciencia como la física o la biología. Más aún, los cambios en sus paradigmas no siempre ofrecen mejores explicaciones de los fenómenos humanos. Casi siempre incorporan una mezcla de verdades parciales con propósitos a alcanzar, sintetizadas en formulaciones ideológicas que se buscan atractivas.

Sin embargo, cuando los paradigmas económicos toman una dimensión universal desempeñan la función necesarísima de ordenar las relaciones económicas internacionales, atendiendo, como es natural, a la visión de las potencias líderes, mientras toca a los países periféricos acomodarse lo mejor que puedan al orden internacional creado de esa manera.

El paradigma económico que todavía nos rige con sus pretensiones de universalidad, quiere mercados cada vez más independientes, estados en involución, estabilidad de precios -como la meta más alta- y una larga lista de propósitos instrumentales, a saber: comprimir al máximo el papel intervencionista de los gobiernos; eliminar las fronteras económicas nacionales; alcanzar el equilibrio fiscal y ceder al control macroeconómico a los bancos centrales; asignar a la política social el papel subsidiario de paliar las disparidades sociales generadas por las políticas económicas; elevar el individualismo, la competitividad y la eficiencia al rango superior de los valores a perseguir.

Con todo, la globalización con sus múltiples contribuciones, auspició desequilibrios imprevistos que están en la raíz de la crisis que campea en el mundo. Los desajustes del comercio entre países, compensados por flujos

financieros inversos, son intrínsecamente insostenibles por más que alimentasen el auge de las actividades financieras internacionales. La alta movilidad de los recursos empresariales transnacionalizados, gestó el “outsourcing” global del empleo y el retraimiento de salarios y de la fuerza política de las organizaciones obreras. Esos fenómenos se asocian al desempleo, la informalidad y las desigualdades que se extienden en buena parte de las latitudes, inclusive en las naciones industrializadas. Aun, los países emergentes más exitosos han sido capaces de abatir la pobreza, pero experimentan recrudescimiento de las disparidades distributivas. En conjunto, se ahondan, generalizan, los sacrificios y desequilibrios sociales, singularmente manifiestos en los mercados de trabajo del mundo. Ahí están los disturbios y huelgas en Francia, Grecia, España y tantos otros lugares.

Al propio tiempo, tiene lugar honda reconfiguración de los centros de poder económico del planeta. La identificación misma de la nomenclatura de las potencias líderes, se hace ambigua. La producción, el comercio y las finanzas se trasladan del Occidente a los países del este y sur de Asia. Ya el producto conjunto de China y la India se aproxima a los tres cuartos de la economía norteamericana o al 80% de la Unión Europea. El grueso de las divisas internacionales se localizan en la propia China y en el Japón, arrebatando poco a poco a Occidente el papel de proveedor del financiamiento y mantenedor de la disciplina económica en la periferia.

Tales fenómenos, han hecho declinar la capacidad de gobierno de los estados nacionales para responder a las demandas ciudadanas de sus países y validar, así, los genuinos valores de la democracia en sus países. Más aún, la crisis ha puesto de relieve que mercados y gobiernos, lejos de ser infalibles, se equivocan, a veces gravemente y que necesitan uno del otro para asegurar equilibrios razonables entre equidad y eficiencia, entre el poder democrático y el poder económico. Ese reconocimiento por tardío que sea, abre la oportunidad de

tirar por la borda dogmas, de revisar e imprimir mayor inclinación democrática a las políticas públicas a escala universal y nacional.

En definitiva, la crisis económica ha colocado el verdadero centro de las prelações universales en reconstruir los pactos sociales, en humanizar a la economía y su paradigma de la globalización. Sin embargo, por ahora el debate ha estado centrado tanto en eludir a futuro la repetición del desastre financiero, como en encontrar las fórmulas de distribuir sus costos entre la población, el fisco y las propias instituciones financieras.

Aún con esas miras más bien pequeñas, la polarización ideológica ha sido inevitable. El meollo de las acciones de emergencia se orientaron al apuntalamiento de las instituciones -bancos, intermediarios financieros, empresas- dañadas, más que a sanear la economía de las familias donde se concentran las pérdidas inmobiliarias, el deterioro de las pensiones, el desempleo, la caída de la demanda.

Lejos de la necesaria unificación de las soluciones, privan desacuerdos entre las potencias líderes. Mientras unas procuran la implantación de políticas monetarias y fiscales todavía expansionistas, otras abogan por la consolidación fiscal, esto es, terminar cuanto antes con el intervencionismo, recortar gastos gubernamentales, restringir derechos sociales, elevar impuestos. La diversidad e incluso el antagonismo de las propuestas anticrisis, deja ver que subsisten pugnas de interés y no menos profundas diferencias conceptuales. No acaba de descartarse la tentación utópica de regresar al orden anterior, aunque se arriesgue otra caída.

En los hechos, las acciones de unos y otros han erosionado las bases mismas del envejecido paradigma económico internacional. El criterio de acotar al máximo la acción intervencionista de los estados, fue vulnerado con el rescate gubernamental de grandes empresas en peligro de quiebra; la premisa del equilibrio del presupuesto público resultó anulada por esos mismos programas y

por las políticas contracíclicas instrumentadas; el criterio monetarista que obligaba a los bancos centrales a prohibir o restringir el crédito a los gobiernos, la compra directa de títulos privados o la emisión monetaria inorgánica, ya es historia pasada.

Los desacuerdos de los países líderes, dificultan, la solución a una recuperación mundial manifiestamente débil, en riesgo de revertirse por la prevalencia de desempleo e informalidad altos -casi crónicos-, deficiente demanda agregada, desórdenes fiscales y desajustes financieros múltiples, así como por el resurgimiento del proteccionismo, marcado por manipulaciones cambiarias, en los hechos, competitivas. El dólar casi inevitablemente seguirá devaluándose y la misma existencia del euro pudiera estar en riesgo. La crisis va para largo, lo que se recupera son las utilidades y bonos de los grupos financieros.

Inevitablemente lo disparate de las políticas nacionales y de los avances en el camino a la recuperación económica, acentúan los desequilibrios de la economía mundial; conducen a políticas dispares; crean enfoques monetarios divergentes que bien podrían originar desplazamientos masivos de fondos o burbujas especulativas. En suma, se ha roto el universalismo paradigmático anterior, mientras resaltan los particularismos nacionales.

En tales circunstancias, no es de extrañar que las últimas recomendaciones del FMI se tornen ambiguas, el director de la orquesta recibe señales contradictorias de sus mandatarios. Por eso, se limitan a subrayar la conveniencia de avanzar en la coordinación internacional de políticas, a estudiar caso por caso, a formar consensos sobre las nuevas relaciones del desarrollo -la inflación va de salida-, a señalar las bondades de la consolidación fiscal en el mediano plazo y el activismo contracíclico inmediato.

Los tiempos, las ideas, los intereses han cambiado hasta hacer irre recuperable el viejo "status quo" e indispensable su reemplazo por un

paradigma sustituto. Paradójicamente esos hechos no han penetrado la conciencia de nuestros dirigentes, precisamente cuando habría que adaptarse con mayor premura a las nuevas circunstancias globales para proteger los intereses propios y recuperar algo de la autonomía comprometida. Conservamos fidelidad a paradigmas idos; batallamos impertérritos contra una inflación casi imaginaria; revaluamos el peso para importar más y exportar menos; reducimos esforzadamente un déficit público pequeño para no desplazar un gasto privado que no se recupera ni puede recuperarse por sí mismo; sostenemos un sistema tributario regresivo, obsoleto, para no suprimir privilegios elitistas; dejamos que la informalidad desbarate los mercados de trabajo y alimente los cuadros del crimen organizado. En una palabra, vamos bien, reviviendo el pasado.